

Josep Lligadas

SER CRISTIANO EN EL MOMENTO PRESENTE

EMAUS 182

CPL

La colección Emaús ofrece libros de lectura asequible para ayudar a vivir el camino cristiano en el momento actual.

Por eso lleva el nombre de aquella aldea hacia la que se dirigían dos discípulos desesperanzados cuando se encontraron con Jesús, que se puso a caminar junto a ellos, y les hizo entender y vivir la novedad de su Evangelio.

Josep Lligadas

**Ser cristiano
en el momento
presente**

Colección Emaús 182
Centre de Pastoral Litúrgica

Diseño de la cubierta: Mercè Solçe

Fotografía de la cubierta:

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA
Diputació 231 – 08007 Barcelona
Tel. (+34) 933 022 235 – wa (+34) 619 741 047
cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición:

ISBN:

Depósito legal: B 00000-2021

Printed in UE

Imprime:



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Inicio	7
Desde Vannes, en la Bretaña	7
Cinco convicciones de fondo	12
Primera parte. La fe cristiana	21
¿Quién es Dios para mí? ¿Quién es Jesús?	23
El camino hacia el Dios de Jesús	27
Dios, la hipótesis más razonable	27
La divinidad, una idea necesitada de puri- ficación	30
El judaísmo, un salto decisivo	33
La idea de Dios más humanizadora, la de Jesús	35
Jesús, camino y vida	39
Seguir a Jesús, buscar a Dios y su proyecto	47
Segunda parte. Cristianos y cristianas en la vida..	51
Actitudes y acciones	53
Las actitudes	53
Las acciones	62
La llamada de los pobres	69
El cristiano y el sexo	77
Aborto y eutanasia	87
El aborto	87
La eutanasia	91

El Evangelio de Jesús y la transformación del mundo	95
El planteamiento de Jesús.....	95
Una mirada más amplia.....	97
La variedad de caminos de transformación del mundo.....	101
El papel de la Iglesia.....	108
 Tercera parte. Vivir la fe	113
La fe que da sentido pleno a todo.....	115
La proximidad de Jesús y del Evangelio.....	119
Como un niño en brazos de su madre.....	131
El pecado y el perdón de Dios.....	135
La comunidad cristiana.....	147
Un grupo para crecer en la fe.....	147
La eucaristía.....	150
La labor eclesial.....	159
Dos soportes importantes: las emociones y la formación.....	161
Las emociones.....	161
La formación.....	166
La evangelización.....	171
El Evangelio más allá de la Iglesia.....	177
 Epílogo. ¡Que la esperanza nos llene de alegría!	181

Primera parte

La fe cristiana

¿QUIÉN ES DIOS PARA MÍ?

¿QUIÉN ES JESÚS?

No estaría nada mal que nos detuviésemos un momento y nos hiciésemos las dos preguntas del título. Quizá en épocas anteriores estas preguntas habrían parecido inútiles, porque eran algo que a todo el mundo le parecía obvio. Quizá sí, aunque hacérselas probablemente también les habría resultado útil a nuestros antepasados. Pero en cualquier caso, para nosotros sí es importante detenernos y preguntárnoslo con una cierta profundidad. Antes, socialmente, Dios se hacía notar en todas partes. Ahora no. Y, aunque tengamos momentos varios en los que nos ponemos en su presencia, sea en la eucaristía, sea en un grupo, sea individualmente, hacernos alguna vez estas preguntas del título sin duda nos hará bien. Y si este tipo de momentos no los tenemos o los tenemos poco, pues con mayor razón.

Y después de hacernos estas dos preguntas, puede venir una tercera. No tanto una pregunta, sino como un repaso vital: ¿Cuál ha sido, hasta ahora, mi camino de fe? Repasar cómo empieza –de pequeños, en casa, o ya mayores, gracias a este o aquel impacto–, y qué pasos va siguiendo, qué medios, qué personas, qué momentos relevantes... y hasta el día de hoy. En este repaso, será bueno recrearse un poco en todo lo que sentimos como valioso, como gratificante, como fuente de cre-

cimiento humano y como impulso de crecimiento en la fe... y quizá mejor no dar muchas vueltas a lo que experimentamos como negativo...

Y ahora, después de estas preguntas y este repaso que sin duda nos habrá ido bien, miremos hacia la realidad social en la que vivimos esta fe. Una realidad marcada por el hecho de que ni Dios, ni Jesús, forman parte del paisaje de este nuestro mundo. Por lo menos, de nuestro mundo occidental. Creo que podemos decir que este hecho ya se ha convertido en definitivo en el inicio del siglo XXI. Hace ya más de dos siglos, con la ilustración, se instaló en la sociedad una forma de ver el mundo en la que ya no se consideraba necesaria la referencia a Dios como sentido último de todo, y menos necesario aún se consideraba el papel de la Iglesia como administradora de este sentido último. Y, a continuación, con la revolución francesa, se acabó la cristiandad y la Iglesia perdió el poder, la influencia y la férrea protección de los gobernantes. Aunque no del todo. Durante estos dos siglos, la Iglesia ha pasado épocas todavía más o menos presente e influyente en la sociedad. Quizá el nacionalcatolicismo franquista fue la última expresión de esta situación. Pero ahora ya se acabó. Ahora los cristianos tenemos que funcionar sin protecciones y los únicos estímulos para seguir adelante como creyentes tienen que venir de nosotros mismos, mientras la sociedad ha ido perdiendo casi todo interés en lo que nosotros vivimos y en lo que nosotros quizás podríamos ofrecer.

Así estamos. En una situación radicalmente distinta de la de la época en la que Jesús anunciaba su Evangelio. Porque resulta que Jesús, cuando hablaba a sus

compatriotas, daba por hecho que todos ellos creían en Dios, y su mensaje consistía básicamente en mostrar cuál era el proyecto de ese Dios en el que todos creían, un proyecto que desbordaba las normativas de la ley judía y se centraba, como principio absoluto, en un doble amor: al propio Dios, y al prójimo.

En cambio, en el momento actual, la pregunta sobre Dios no es en qué Dios creemos, sino si creemos en Dios. Y sabemos que la respuesta, para la mayoría de nuestros conciudadanos y conciudadanas, es que no, o si no, que les da lo mismo. O sea que para nosotros, el primer paso de la fe cristiana, no es preguntarnos si creemos en Jesús y el Dios que él anuncia, sino, simplemente, si creemos en Dios. Pero, atención, con un matiz importante. Y es que en el hecho de creer en Dios incluimos que el Dios en el que creemos no puede ser otro que el Dios de Jesús. Esto último que acabo de decir puede sonar a jeroglífico o a juego de palabras pero no lo es en absoluto. Hablando a nivel personal, lo que quiero decir es que si yo creo en Dios es porque Jesús me ha hecho conocer a un Dios que es Padre y Madre, un Dios que rompe muchos de los esquemas de la divinidad que el pensamiento humano podría concebir, y sobre todo, un Dios que es profundamente humano y que como criterio de comportamiento no nos da leyes o ritos más o menos arbitrarios sino que nos da unos criterios de vida humana que no son otros que los criterios que pueden surgir de un corazón humano verdaderamente humano, es decir, de un corazón limpio, honesto, generoso, compasivo, leal, de mirada amplia, que quiere lo mejor para todos, que

está dispuesto a luchar por ello, animoso, esforzado, empoderado, que no excluye a nadie, que no se esconde ante los conflictos, que, en definitiva, ama sin barreras y busca en toda ocasión la paz y el bien.

Yo, en otra clase de Dios, me parece que no podría creer. O sea que lo de creer en Dios, el creer en Dios que está en la base del ser cristiano, no es una declaración genérica y abstracta, sino concretada. Es creer en el Dios que Jesús nos ha mostrado.

¿Y en qué consiste este creer en Dios, en este Dios? ¿Y en qué consiste, también, amarlo, que, como dijo Jesús, es algo que va unido al hecho de creer en él?

Seguramente que una buena forma de captar el sentido de lo que Jesús nos anuncia y propone será recorrer, ni que sea por encima, el largo proceso histórico de la humanidad con el que, desde los primeros humanos que empezaron a intuir que, además del mundo palpable y empírico, había algún tipo de realidad que estaba más allá de todo, hasta la formulación que Jesús hace de este “tipo de realidad” que él llama Padre –*Abba*, la palabra aramea que decía Jesús y que la primera comunidad cristiana nos ha conservado–. Un Padre que, por otra parte, y haciendo evolucionar la expresión de Jesús al ritmo de los progresos que como comunidad humana realizamos guiados, como el propio Jesús dijo, por el Espíritu, ahora quizás podríamos llamar Padre y Madre. O, también, Padre/Madre.

Seguir este proceso de búsqueda de quién es Dios resulta, sin duda, apasionante.

EL CAMINO HACIA EL DIOS DE JESÚS

DIOS, LA HIPÓTESIS MÁS RAZONABLE

¿Cómo nació la idea de Dios en los seres humanos? El autor del presente libro no es antropólogo, ni historiador de las religiones, ni nada semejante. Pero diría que, pensándolo un poco, no resulta muy difícil llegar a la conclusión de que, en aquellos primeros humanos con una cierta inteligencia y capacidad de razonar, debió ir surgiendo, ante la inmensidad de interrogantes que el mundo y la vida les planteaban, y ante la inmensidad de incertidumbres y temores en que se sentían inmersos, la intuición de la existencia de alguna realidad que iba más allá de lo que se podía ver y tocar. Alguna realidad que hacía que las cosas fuesen como eran, que hacía que determinados acontecimientos tuvieran lugar cuando nada hacía preverlos, que hacía funcionar aquella maquinaria incomprensible que era la naturaleza y la vida que en ella se desarrollaba.

Y no solo esto. La grandeza del mundo, o su belleza, o el misterio de tantísimas cosas que aparecían ante sus ojos, invitaban a pensar, más allá de los temores y las incertidumbres, en la necesidad de que hubiera, en el origen de todo ello, alguna fuerza poderosa, una fuerza capaz de haber producido el mundo inmenso que habitaban.

Esta realidad superior no era imaginada como un único ser, sino más bien como un conjunto de fuerzas que actuaban en el mundo y en la vida, un conjunto de fuerzas que poco a poco fueron identificando, atribuyéndoles campos de actuación, imaginándolos con determinadas fuerzas y ubicaciones... Hasta que, poco a poco también, empezaron a pensar que, con aquellas fuerzas y realidades superiores debía ser posible entrar en contacto de alguna manera, e influir de algún modo en ellas. Es eso lo que expresa, según algunas de las posibles interpretaciones etimológicas, la palabra “religión”: la religión sería, según esta interpretación, el hecho de “religar” a los seres humanos con la divinidad.

Esta intuida posibilidad de entrar en contacto con las fuerzas superiores y de influir de algún modo en su actuación abrió un nuevo e importantísimo campo en la vida humana. Inició una nueva cultura. A partir de entonces, además de todo lo que había que hacer para vivir según las posibilidades que ofrecían las realidades visibles y empíricas, había también que dedicar una parte de las energías a asegurar un adecuado contacto con las fuerzas superiores a fin de que sus poderes actuasen de forma favorable a los intereses de los que las invocaban, y para evitar que los males que podían sobrevenirles desde tantos lugares no se encarnizasen en ellos. Y a partir de ahí, de formas más elementales o más elaboradas, fue naciendo toda la diversidad de formas religiosas que han existido y existen.

Algunos, de esta historia que aquí he intentado sintetizar, deducen que, por tanto, la idea de la divinidad es un simple fruto de las necesidades humanas. Una simple forma de buscar tranquilidad y seguridad, sin otro fundamento más allá de la imaginación. Yo, en cambio, pensaría que más bien es un buen resultado de la capacidad humana de búsqueda de explicaciones a las cosas: la divinidad es una muy buena forma de explicar coherentemente el sentido de esta compleja realidad que todos vivimos. Una explicación necesitada, eso sí, de muchas purificaciones, pero en absoluto falta de sentido...

Nosotros, hoy, sabemos muchísimo más sobre el origen y el funcionamiento del mundo de lo que podían saber aquellos primeros humanos, y si tenemos una mínima cultura compartimos con creyentes y no creyentes ideas tales como el inicio del universo a partir de una explosión inicial hace millones de años, o la formación de la vida en nuestro planeta a partir de unas determinadas circunstancias favorables, o la aparición de los seres humanos después de una larga evolución de las especies animales. Y, después de aquellos inicios, nosotros sabemos también muchísimas más cosas de los distintos fenómenos naturales que acontecen en el mundo, y de los mecanismos por los que se producen, y podemos dominar un sinfín de realidades que los hombres y mujeres de hace miles de años no podían dominar. Y sabemos que, progresivamente, tendremos muchos más conocimientos que los que ahora tenemos, y podremos controlar aún más el funcionamiento del mundo y el funcionamiento de nuestras vidas.

A Dios, por tanto, ya no lo necesitamos para explicar las cosas inexplicables de nuestro mundo. Pero el motivo por el que creemos al fin y al cabo sigue siendo el mismo que el de los primeros seres humanos que intuyeron su existencia. Porque nuestro mundo, y nuestra vida humana, por mucho que conozcamos sus entresijos, sigue siendo de una amplitud, una riqueza y una complejidad que nos sobrepasa totalmente. Y nosotros, cada uno de nosotros, dentro de nuestro corazón, experimentamos también una amplitud, una riqueza y una complejidad que igualmente nos sobrepasa por todas partes. Y, por lo menos yo, ante esta realidad que tanto me sobrepasa, me parece más razonable creer que hay alguien que sostiene toda esta realidad, que le da un sentido que supera lo que la constatación empírica puede descubrir, y que, más allá de todo, ofrece una plenitud de vida que está a la altura de las aspiraciones y anhelos que llevamos dentro de nosotros. No lo sé, pero a mí me parece más razonable creer esto que creer que todo es fruto del azar y que nuestros deseos de plenitud no van a ninguna parte y están destinados a desaparecer en la nada.

LA DIVINIDAD, UNA IDEA NECESITADA DE PURIFICACIÓN

Esta intuición básica inicial de la existencia de una realidad superior y con la que era posible de algún modo entrar en contacto, tendrá, a lo largo de los siglos, desarrollos de todo tipo. Desarrollos que, en general, consisten en imaginar, no un único ser que está en el origen de la realidad y que de una forma u otra la

guía, sino como un conjunto de fuerzas, o de seres diferenciados, que están más allá del mundo visible e influyen en él. Unos seres que pueden estar jerarquizados, o que pueden ir cada uno de por libre; unos seres que funcionan por caprichos y con un cierto desprecio hacia los humanos, o que generan una cierta confianza; unos seres que están vinculados con un pueblo determinado y lo ayudan frente a los demás pueblos, o que actúan “especializándose” en un ámbito concreto de la vida; unos seres que exigen de los seres humanos actuaciones difíciles e incluso crueles a cambio de serles favorables, o al contrario son bondadosos y acompañan gozosamente la vida; unos seres que estimulan actuaciones de dominio y de egoísmo o que estimulan acciones de bondad y generosidad; unos seres que son instrumentos para la consolidación y reafirmación de los poderes constituidos, sean estrictamente religiosos o sean políticos, o que pueden en cambio ser vistos –¡pero pocas veces!– como posibles impulsores de anhelos de libertad y justicia.

El camino de la búsqueda de la divinidad es un camino difícil. Un camino que se hace a tientas, siguiendo la guía del propio corazón. Un camino que, en muchos casos, resulta claramente alienante y justificador de opresiones de todo tipo. Pero que, para mucha gente, es el único apoyo y el único alivio en una vida demasiado dura y que de otro modo se haría insoportable.

Este carácter tan ambiguo de la religión provocará que, en determinados ambientes más ilustrados del mundo pagano, y de ello tenemos buenos ejemplos tanto en Grecia como en Roma, se empiece a mirar

la religión con un cierto distanciamiento: la religión es vista como una construcción que no ayuda a que las personas actúen según unos ideales humanistas, y además presenta a unos dioses con unos instintos y unos comportamientos tan poco ejemplares que todo el conjunto no parece que tenga la seriedad suficiente a ojos de cualquier persona con un poco de espíritu crítico. Cada vez más, en aquel mundo, la religión se va convirtiendo, por una parte, en un refugio más o menos supersticioso ante las penalidades de la vida, pero prácticamente sin elementos humanizadores y que hagan crecer y avanzar; y por otra en un medio de afirmación de la estructura social y política existente, una barrera contra cualquier intento de romper la estratificación social y, en última instancia, a medida que el tiempo avanza, en un seguro para el poder omnímodo del emperador. Y algo semejante podemos decir de los pueblos llamados bárbaros, y también de los pueblos de América.

En resumen. La creencia en una realidad que está más allá de lo visible, y que tiene influencia en la vida de los seres humanos, es, sin duda una buena manera de entender el mundo y la vida humana. Pero a medida que se fue concretando históricamente, se fue convirtiendo, sin duda también, en algo cada vez más irracional e insostenible. Y aquí es donde entra la aportación decisiva del judaísmo.

El judaísmo, un salto decisivo

Hay un momento, en la historia de la religión, en el que tiene lugar un paso histórico de una gran trascendencia: es el paso de empezar a creer que aquella realidad intuitiva que está más allá de la realidad empírica y con la que los seres humanos intentan relacionarse, es una realidad única, personal, y que está en el origen y en el corazón de la vida humana.

Este paso empieza a realizarse en distintos lugares y en distintos momentos, pero donde cuaja de forma definitiva es en un pueblo concreto, el pueblo de Israel, con un líder, Moisés, que actuará como catalizador. En el trasfondo, está el recuerdo de un antepasado, Abrahán, que habría sido el primero en experimentar la presencia de esta realidad, única y personal, llamada Dios.⁴

Moisés es sin duda un personaje apasionante. En los libros bíblicos que hablan de sus actuaciones (básicamente Éxodo, Números y Deuteronomio) se hace difícil discernir cuál es el fondo realmente histórico. Pero en cualquier caso su aportación es clara: él será el que conducirá a la convicción de la existencia de esta realidad única, este Dios, entendiéndolo como alguien que guía la historia y ofrece un proyecto liberador que se hará visible en la liberación de las tribus hebreas que se encontraban en Egipto sometidas a la esclavitud

4 Una nota de vocabulario: cuando hablamos de Israel y de las tribus de Israel, estamos diciendo lo mismo que cuando hablamos de las tribus hebreas, que posteriormente serán también conocidas como el pueblo judío y, su religión, como el judaísmo).

del faraón. O, dicho en términos más empíricos, él será quien ayudará a aquellas tribus que habían logrado liberarse de la esclavitud a entender aquello que les había sucedido como signo de la presencia de un Dios que los guiaba y se comprometía con ellos.

El proceso, evidentemente, no es de un día para otro, sino que tiene un largo recorrido. Al principio, este “Dios de Israel” no es entendido como un Dios único en sentido absoluto, sino en el sentido de que Israel, a diferencia de los demás pueblos, no cree en una diversidad de dioses que actúan en distintos ámbitos de la vida, sino que cree en un Dios propio que es uno solo, y que además su proyecto es un proyecto a favor de los esclavizados.

Posteriormente, esta primera intuición dará un nuevo y definitivo paso: el de creer que, detrás de toda la realidad y de toda la historia humana, hay un único Dios. Es decir, que toda la realidad es fruto de un proyecto de vida que está más allá de lo que vemos, y que este proyecto de vida es obra de esta realidad única y personal que llamamos Dios. Y que este Dios, en un determinado momento de la historia, ha querido actuar mostrando un rostro amoroso y liberador en ellos, el pueblo de Israel, y les ha encargado hacer realidad, en su vida como pueblo, el mismo estilo de vida liberado y liberador.

Esta sería la intuición fundamental, que va apareciendo a lo largo de un extenso camino social y cultural. Y que va sacando la cabeza constantemente, a pesar de que la vida, muy a menudo, vaya por otro lado. Muy a menudo, en efecto, lo que prevalecerá será la concien-

cia de que, si Dios ha actuado en su historia como pueblo, eso significa que ellos son los preferidos de Dios, hagan lo que hagan. Y esta conciencia se traducirá en un nacionalismo que olvidará el carácter liberador de la acción de Dios. O prevalecerá, también, la convicción de que lo que Dios quiere es el cumplimiento estricto de las leyes que concretaban sus llamadas liberadoras, y la letra acabará matando el espíritu.

Pero en cualquier caso, la aportación de Israel será ya decisiva. Será haber descubierto, y dicho, que, en el corazón de la vida y de la historia humana, hay una presencia de alguien que, más allá de todo, la sostiene y acompaña. Y haber descubierto, y dicho, que este alguien propugna un estilo de vida y de historia en el que no haya amos y esclavos, vencedores y vencidos, sino seres humanos libres y que puedan vivir dignamente. Y haber afirmado, también –en algunos momentos concretos, pero con mucha potencia: por ejemplo, en algunos de los profetas, y en especial el llamado Segundo Isaías, un profeta anónimo del tiempo del exilio de Babilonia y cuyos oráculos están recogidos en los capítulos 40-55 del libro de Isaías– que esta voluntad de Dios era para todos los pueblos de la tierra, invitados a unirse a la llamada que Israel había recibido.

LA IDEA DE DIOS MÁS HUMANIZADORA, LA DE JESÚS

Y llegamos al final del recorrido. Y este final es el Dios de Jesús. Con todo el respeto –faltaría más– para todas las demás formas de encontrar a Dios, yo lo que